

BIBLIOGRAFIA

LOS VASCOS. ETNOLOGIA, por Julio Caro Baroja. Biblioteca Vascongada de los Amigos del País.

Julio Caro Baroja es un concienzudo alarife de la cultura a quien no se le derrumbarán por falta de cimientos los edificios que construya. Para él es una preocupación de tipo casi obsesivo el recto planteamiento de los problemas, porque su experiencia de la conducta ajena le ha llevado a contemplar cómo han venido a desmoronarse paramentos de sólida apariencia constructiva, pero afirmados sobre cimientos deleznable.

Su densa obra sobre LOS VASCOS está enfocada desde el ángulo de la etnología. Pero ha de entenderse que el concepto moderno de esta ciencia la concibe como una proyección en cono que se va agrandando extraordinariamente, de suerte que se extiende sobre toda manifestación histórico-cultural del pueblo estudiado. Por ser esto así, sale precisamente Caro Baroja, en un prólogo con que acaba de prefaciarse el estudio de Violant sobre el Pirineo Español, al paso de quienes echan en cara a los modernos etnólogos su afán de introducirse en todos los recovecos de la investigación.

Quiere esto decir que en el libro de Caro Baroja se estudia a los vascos a través de sus aledaños geográficos, étnicos, folklóricos, lingüísticos y psicobiológicos, y que no queda ningún escondrijo adonde no se haya dirigido la mirada escrutadora de ese perfecto investigador que es el joven Director del Museo del Pueblo Español.

Ha estudiado éste al vasco concreto y operante, es decir, al vasco en función. No le ha metido "in vitro", sino que se ha dedicado a espiarle en sus actividades dentro del ámbito que es su natural escenario. Para Caro la morfología debe conjugarse con el funcionalismo. Su estudio se proyecta por tanto desde la bio-psicología hasta la etnología estricta.

Uno de los aspectos que se encuentran en toda la obra de este autor, y dicho queda que de modo muy especial en esta que aquí se comenta, es la gélida objetividad con que examina las cuestiones con que se enfrenta. Caro se despoja por decirlo así de su personalidad de miembro de tal o cual grupo humano, es decir, se deshumaniza para quedar totalmente desposeído de cualesquiera cargas afectivas que desvíen su juicio. Errará quien le juzgue adver-

so a su cofradía. Se trata de una postura, de una postura, entiéndase bien, de científico, que no de figurante.

Otro aspecto de su obra es la exhaurición de fuentes. No es que se señalen cuantas existen sobre un tema determinado: eso sería ir contra su sentido crítico tan acreditado, porque vendría a dar jerarquía a lo que no tiene personalidad para figurar en la más baja escala de la bibliografía por ser obra de infra-cultura. Anota lo aprovechable y lo ilustra con su criterio sagaz y con sus admirables dotes de observación.

LOS VASCOS de Julio Caro Baroja es quizá el más depurado complejo de conocimientos que existe sobre el misterioso pueblo que integran. Y seguirá siendo así durante mucho tiempo, aunque el autor se sienta bien lejos de abrigar la pretensión de haber dicho la última palabra sobre cada uno de los temas que ha tratado. El mismo volverá sobre ellos repetidamente en un afán de superación que a la vista de la obra realizada no es fácil, sin embargo, prever como fácilmente hacedero.

Queda por decir que la presentación tipográfica del libro es excelente y que honra mucho a su Editorial, que se ha colocado así en su primera salida al nivel de las editoras más cuidadosas del arte del libro. Bien es verdad que cuenta con el concurso de ese gran ilustrador que es Santos Echeverría, ya consagrado en ese no fácil arte.

F. A.



EL PAIS VASCO VISTO DESDE FUERA, por Fausto Arocena. Biblioteca Vascongada de los Amigos del País. San Sebastián, 1950.

Lo mismo los críticos que se han ocupado de este libro, que aquellos lectores que conocían a través de otras obras, al Jefe de la Sección de Archivos de la Diputación de Guipúzcoa, han hecho un gesto extraño al terminar su lectura y, después, recelosos, han vuelto a coger el volumen, que habían dejado sobre la mesa y, han leído de nuevo el nombre estampado en la portada y a la cabecera de las páginas: Fausto Arocena; estaba claro, no se habían equivocado. Sin embargo hubieran dicho que les habían cambiado a su Juan; y no es que éste estuviera pelado, no, precisamente se les presentaba lleno de bucles y ricitos, pero no era su Juan, el Juan que ellos creían que era Juan.

Es que, generalmente, tenemos de la erudición un concepto si es no es equivocado. Pensamos que el erudito, por serlo, ha de trabajar apedreando con notas, al lector; si no lo maltrata cruelmente, disparándole cada diez líneas una larga frase, entrecomillada, a poder ser en latín, y no corta las páginas con interpolaciones en letra menuda con el despiadado propósito de dañarle la vista, no pasa de simple erudito a la violeta.

Pero Fausto Arocena, que lo es a conciencia plena, ha cometido en este libro la travesura de dar un puntapié a este viejo concepto. Y, después, satisfecho por su liberación, se ha ido de paseo al dilatado campo de la historia con el sano optimismo de un colegial en tarde de jueves. Para divertirse mejor llevaba un quisquillero de mango largo y redecilla verde, igual a los que llevan los chicos para coger mariposas. Una vez en pleno campo se ha puesto a accionar su aparato: ¡Paf!, ha dado un golpe a la derecha y ha cogido a Estrabón, que estaba zumbándole al oído, Estrabón nada menos; ya lo tenía en la cartera; después, ha dado un manotazo a la izquierda y ha metido en su red, a Aymeric Picard, al picaro picardo; ¡buen pájaro el peregrino de la Picardía! Pero Fausto Arocena, en su tarde divertida de jueves de colegial, no ha tenido reposo y ha continuado su itinerario dando manotazos a diestro y siniestro: el barón de Rosmithal, el obispo armenio, el Señor de Montigny, el magnífico Embajador de Venecia, el doctor Stein, la perversa madama D'Aulnoy con sus terribles pecados en una mano y sus ingenuos cuentos infantiles, en la otra, Humboldt el naturalista-filólogo, el pintoresco don Jorgito con su sombrero calañés y el Evangelio bajo el brazo y, en fin, el Príncipe Luis Luciano Bonaparte, todos; todos no, perdón, casi todos los viajeros que han pasado y visto nuestro País, de una u otra forma, los ha cazado Fausto Arocena con su mosquitero de chico y se los ha llevado a casa en su cartera de entomólogo podíamos decir sin menosprecio ninguno para los entomólogos. Colocadas sobre el mármol de la mesa de su laboratorio, una seria disyuntiva se le ofrecía al autor, el buscarles la categoría, es decir, el esternon, o cogerles la anécdota, léase colorido. Y, Fausto Arocena, se ha decidido por esta segunda solución, dándonos de las distintas especies que tenía coleccionadas en su mesa de trabajo, el brillo de cada uno, su anécdota, siempre pintoresca como tal.

Al llegar aquí, una pregunta nos sale a la punta de la pluma: ¿hubiera sido más real la presencia física de los viajeros comentados, en el País Vasco, si el Sr. Arocena en vez de buscarles su anécdota, más o menos pintoresca, les hubiera buscado su categoría?; y otra todavía: ¿podríamos creer que era más sincera la opi-

nión crítico-científica que les inspiró nuestro País, a los viajeros comentados, que el juicio divertido lanzado al desgaire desde la imperial de la diligencia, mientras el postillón rubricaba el aire con el látigo? De ninguna manera; votamos por la segunda.

El entomólogo de esta ocasión, Don Fausto Arocena, ha votado también por la anécdota y sus consecuencias. Y ha hecho un libro jugoso y amable que nos ofrece sin pedantería lo más importante que nuestro País ha sugerido a viajeros de distintas épocas, culturas y latitudes, captando la percepción de la sugerencia en su propia salsa, podíamos decir. En fin, un libro de todo, de todos y para todos.

M. C.-G.



LEGAZPI, por José Sanz y Díaz. Editorial «Gran Capitán». Madrid. 1950.

Aunque se trate de una segunda edición, es muy oportuno traer aquí una leve reseña de este libro que viene ya prestigiado por ese hecho de haber alcanzado su segunda edición en breve lapso de tiempo.

Su autor está muy avezado al trato con editoriales e imprentas y conoce muy bien el difícil arte de "hacer" un libro que guste a sus lectores. Este de ahora ha de gustarles, porque no ofrece duda que les gustó su hermano anterior, de quien resulta cadete aventajado. Aventajado, porque se engalana con apéndices documentales de que no se revistió el mayorazgo.

Si no hace aún mucho tiempo, la biografía de nuestro Legazpi tenía una representación endeble, ahora la tiene bien cumplida, porque a Soraluze y Belautegui hay que añadir Uncilla, nuestro Arteche y Sanz Díaz con su doble aportación.

Este ha bebido en buenos manantiales y su obra resiste por ello a los críticos, salvo reparos de muy poca monta que no vale la pena de registrarlos. Únicamente convendrá consignar que la Iglesia de la Antigua de Zumárraga no era, cuando en ella se bautizó Legazpi ayuda de iglesia, sino la misma y única iglesia parroquial antecesora de la presente. Es error que no tiene importancia, atribuido a escritor foráneo; pero aquí no puede menos de registrarse, aunque proclamando la levedad del reparo.

F. A.

EL FOLKLORE EN EN VALLE DE OJACASTRO, por José J. Bautista Merino Urrutia. Obra premiada en el Concurso literario de los Juegos Florales de Logroño. Instituto de Estudios Riojanos. Logroño. 1950.

José J. Bautista Merino Urrutia empezó, hace años, para entretener, sin duda, los ocios de sus largas estancias en el Valle de Ojacastro, a recoger topónimos de raíz vascongada, en sus paseos por el campo. Lo hacía con amor y virtuosismo de naturalista que colecciona mariposas y florecillas; aquí el nombre de un río o un arroyo, más allá el de un poblado, allí el de una peña afilada o un monte romo. Los metía en su cartera y se los llevaba a casa donde los ordenaba y clasificaba, luego, para darlos al público en documentada y ordenada relación. Pero tras los nombres de los poblados, de los montes y de los ríos, el Valle entero se le metió en el corazón. Y, desde entonces, ya no había para él ningún problema o inquietud científica del Valle que le fuera extraña. Y, en efecto, hace unos meses nos dió un interesantísimo trabajo biográfico de Fray Martín de Ojacastro y, ahora, nos trae este muestrario de folklore que ha merecido el justo honor de ser premiado en los recientes Juegos Florales de Logroño.

Este estudio, hecho con la seriedad con que acostumbra a hacer sus cosas Merino Urrutia, es una nueva y complementaria aportación a su tesis de un área vasca mayor que la actual y que venía sosteniendo desde antiguo con la recogida de topónimos; la magia o material de las brujas, con su "Lamin-iturri", fuente de las lamias, los apodos del Valle de Ojacastro, hermanos gemelos de los apodos del país vascongado, los coros de Santa Agueda pidiendo huevos y viandas que comer, por las puertas de las casas, demuestran bien claramente el profundo parentesco del Valle con las maneras de ser y modos de vida del pueblo eúscaro; lo que le lleva al Sr. Merino Urrutia a afirmar en las "Consideraciones finales" que "no cabe ya dudar que el pueblo aborigen que pobló el Valle, fué Vasco y que además de conservar su idioma largo tiempo, dejó impresas su toponimia y sus costumbres, con el arraigo que acabamos de ver". Tesis llena del mejor sentido y como tal llena de buena lógica.

M. C.-G.



LA BASILICA DE SANTIAGO. por Javier de Ybarra y Bergé. Imprenta provincial de Vizcaya. 1950.

Con ocasión de la creación de la Diócesis de Bilbao, don Javier de Ybarra, en su calidad de Presidente de la Diputación de la provincia y aprovechando, claro está, el substrato de investigador que lleva dentro, ha publicado un interesante folleto, pulcramente editado, sobre la Basílica del Señor Santiago llamada a ser, tanto por su abolengo como por su belleza arquitectónica y la gran devoción que inspira a los buenos bilbaínos, la nueva Catedral de la Diócesis. Arranca su estudio, el autor, de la primitiva ermita jacobea de Bilbao la Vieja, sita en la orilla izquierda del río, cuna y primera piedra, a su juicio, de la actual basílica. La tesis es valiente y aventurada pero Ybarra, avezado a los problemas de investigación, la salva con natural desenvoltura apoyándose en la propia Carta Puebla del villazgo bilbaíno y en la autoridad de Labayru. Después, describe una tras otra todas las Capillas particulares que tienen su asiento en el Templo y aprovecha la coyuntura para poner de manifiesto sus conocimientos genealógicos base indiscutible, en nuestras provincias, de los históricos. Y por último apunta las reformas a hacer en la fábrica de la iglesia, tanto para embellecer su arquitectura, despojándola de los postizos extraños, como para ponerla en condiciones de llenar en forma debida su alta función catedralicia. Un folleto, en fin, muy oportuno e interesante, que el futuro primer Obispo de Bilbao y su Curia habrán de agradecerle profundamente; y con ellos, claro está, todos los buenos vizcainos y en especial los bilbaínos, que tan devotos son del Señor Santiago, llamado así en una prueba evidente de jerarquizada familiaridad.

M. C.-G.

